



EL SEÑOR

D. LEONARDO POLO BARRENA

**PROFESOR EMÉRITO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y
LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA**

FALLECIÓ EN PAMPLONA

EL DÍA 09 DE FEBRERO DEL 2013

Habiendo recibido los Santos Sacramentos

R.I.P.

La Decana de la Facultad de Filosofía y Letras y la Junta Directiva
RUEGAN una oración por su alma.

E Invitan a los parientes, amigos, profesores, empleados y
estudiantes de la Universidad, a los funerales que por su eterno
descanso se celebrarán el martes, día 12 de febrero, a las trece
horas, en el Oratorio del Edificio de Amigos de la Universidad de
Navarra.

El entierro tendrá lugar en el cementerio de Pamplona hoy domingo,
día 10 de febrero, a las diez treinta horas.

Pamplona, 10 de febrero de 2013

Varios periódicos y páginas web se hicieron cargo de la noticia: *Noticias de Navarra*, *Diario de Navarra*, *20Minutos*, *ABC*, *El Mundo*, *La Gaceta*, *El Tiempo* (Perú), *La Discusión* (Chile), *Europa Press*, *El Diario Vasco*, *scriptor.org*, *filosofia.mx*, . Al día siguiente de su fallecimiento, murió un conocido discípulo suyo, filósofo también, Eugenio Trías. Íntimos amigos del profesor Polo escribieron editoriales en la prensa o en revistas científicas, haciéndose en algunos eco también de la muerte de Trías. Seguidamente incluimos los más representativos:

Ángel Luis González (Diario de Navarra, 10-II-2013; ABC, 11-II-2013): *Maestro de filósofos.*

El catedrático Leonardo Polo Barrena, de la Universidad de Navarra, ha fallecido el día 9 a la edad de 87 años. El pensamiento filosófico del profesor Polo es una de las mayores y más profundas empresas intelectuales que ha habido en la segunda mitad del siglo XX. Así, de múltiples maneras, lo ponen de manifiesto los congresos celebrados sobre su pensamiento, las revistas científicas sobre su filosofía, los numerosos libros y artículos en revistas especializadas, y 30 tesis doctorales y trabajos de investigación sobre su obra científica.

Don Leonardo era un gran universitario. En primer lugar, porque dedicó toda su vida a la Universidad. Catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad de Granada, en la que estuvo dos años; el resto de su tiempo, desde el lejano 1954, desempeñó su fecundo trabajo en Pamplona. A la Facultad de Derecho se incorporó para explicar Derecho Natural, y dos años más tarde, cuando se erigió la Facultad de Filosofía y Letras, fue el primer profesor de Fundamentos de Filosofía e Historia de los sistemas filosóficos; ininterrumpidamente desde 1956, profesor de Filosofía; también impartió varios años docencia en la Facultad de Comunicación, en el IESE y en el Instituto de Empresa y Humanismo; y muchos veranos en universidades de Perú, México, Chile y Colombia.

Impartió lecciones de casi todas las asignaturas filosóficas de los diferentes planes de estudio; muy pocas personas –sólo los verdaderos maestros– son capaces de tener esa visión global de los problemas filosóficos que les permite explicar, y de modo brillante, más de una asignatura. Los miles de alumnos que le han escuchado son testigos, quizá en algunos casos recuperados del estupor inicial, de sus planteamientos novedosos, de la profundidad de sus explicaciones, nunca triviales.

Como los grandes maestros, Don Leonardo nunca era repetitivo en la exposición de los temas, lo cual siempre fue motivo de admiración en los colegas y discípulos. Los profesionales de la filosofía nunca le agradeceremos suficientemente sus continuas propuestas de no empequeñecerse, no conformarse con un pensamiento crepuscular, de no desertar de la filosofía, de hacer una filosofía no acartonada, sino flexible y viva; y que debe realizarse siempre en diálogo, por cuanto el objeto –la verdad– no es exclusivo ni propiedad privada de nadie. Persona entrañable y de gran sentido del humor, pertenecía al Opus Dei desde sus años de juventud.

Francisco Bobadilla Rodríguez (Tertulia abierta, 10-II-2013; El Tiempo, Perú, 11-II-2013): *Leonardo Polo, maestro de la vida buena.*

Don Leonardo Polo (1926-2013) falleció este sábado. Cosas de la vida, la noticia me llegó a mitad de jornada cuando explicaba el papel de las personas en las organizaciones a un grupo de profesionales en Lima. Les había hablado de la importancia de tener una visión amplia, holística o sistémica para entender la complejidad de lo humano. Veía con los participantes la diferencia del dominio despótico sobre las cosas a diferencia del gobierno arquitectónico o político para dirigir a las personas. Los ejemplos iban y venían en ameno diálogo con los ejecutivos del diplomado y lo que les decía no era sino hacer uso de las sugestivas y profundas ideas de don Leonardo sobre estos temas. Lo cierto es que cuando explico asuntos antropológicos al mundo empresarial, la columna vertebral de lo que suelo decir son las enseñanzas que aprendí de don Leonardo en sus libros de filosofía, en muchos de los seminarios que dictó en la Universidad de Piura y en las tantísimas charlas y tertulias en las que pude participar como atento y fascinado contertulio.

Se decía de los patriarcas del Antiguo Testamento que engendraron hijos e hijas. Don Leonardo ha sido un patriarca de fecunda vida espiritual, pues no solo deja un depósito de enjundiosas enseñanzas, sino que quedan, también, numerosos discípulos que continúan los caminos abiertos por él en el amplio campo del saber, en los que la

persona y su destino han ocupado un lugar central de su pensamiento. Y no podría ser de otro modo porque su gran empeño ha sido comprender la vida en toda su actualidad. Bajo su pluma, Aristóteles y Tomás de Aquino se nos hacen presentes para entender qué es y quién es el ser humano. Al igual que San Agustín, su corazón inquieto no descansó hasta llegar a vislumbrar la estructura donal de la persona porque, o llegamos a empinarnos para alcanzar las alturas del amor, o habría que decir –tristemente- que el ser humano es un verso perdido en el mar de letras de la vida. Don Leonardo fue un hombre de su tiempo y como todo clásico nada de lo humano le fue indiferente. Hay en sus escritos hondura que requiere reflexión profunda y hay, asimismo, fogonazos de buen pensamiento y buena escritura capaces de iluminar y entusiasmar a las inteligencias generosas. Oía las preguntas y empezaba a glosar su respuesta. El arranque era lento y dificultoso, pero al cabo de un rato, comenzaban a fluir las ideas, dichas con la plasticidad del artesano, como cuando el cow boy monta un caballo en un rodeo. Sabía tomar las riendas del pensamiento y conseguía terminar la faena alumbrando los asuntos que abordaba con la originalidad y sencillez del maestro. Su legado intelectual es inmenso y me da la impresión que don Leonardo se encuentra en la liga de los grandes filósofos occidentales del siglo XX.

Me contó Federico Prieto que cuando estudiaba en Roma por los años cincuenta del pasado siglo, un día pasó frente al aula en donde daba clases el gran filósofo y teólogo francés Réginald Garrigou-Lagrange. Al instante, el amigo que lo acompañaba le dijo a Federico: “entremos un rato y así podremos decir que hemos sido discípulos de este gran pensador”. No es este mi caso. Me encuentro entre los que estamos agradecidos por haber escuchado, conocido y tratado a don Leonardo. Soy deudor de muchos de sus hallazgos intelectuales que utilizo en mis clases “a la manera libre de la danza libre” como bien decía Chabuca Granda. Ha sido una fortuna haber pasado con él varias temporadas cortas y largas de sencilla y natural vida de familia. Se ha ido un amigo de la verdad, ciertamente, pero me consuela que ahora es un visionario y amante de la Verdad.

Blanca Castilla (AEDOS; La Gaceta, 16-II-2013; Profesionales por la ética, 19-II-2013): *A Leonardo Polo, con agradecimiento, in memoriam de un gran maestro, líder a largo plazo.*

A D. Leonardo, como todos le llamábamos, le mirábamos con respeto, cuando siempre cansado con su bastón y su boina, pasaba por los pasillos de la Universidad de la Universidad de Navarra. Su sola presencia, testimonio de un esforzado trabajo en la búsqueda de la verdad, no dejaba indiferente.

Oí hablar de D. Leonardo cuando estudiaba en Vitoria primero de Filosofía y Letras. Desde bien pequeña me gustaba la Filosofía -acababa de obtener Matrícula en esa asignatura-, pero tenía mis dudas sobre si escoger o no esa Especialidad. Una de sus alumnas me relató con entusiasmo aquel verano de 1969 toda la Filosofía que sabía D. Leonardo y la armonía entre Razón y Fe que emanaba de su pensamiento. Eso disipó mis dudas, a él se lo debo.

Recuerdo bien las clases –pocas, por diversos avatares de la vida-, que le escuché. Asistían no sólo sus alumnos sino los de otras carreras y también afamados profesores: recuerdo a D. Josemaría Martínez Doral, en la última fila, sentado sobre la mesa, con cara pensativa mientras balanceaba las piernas.

D. Leonardo llegó a la Filosofía desde una formación jurídica. Quizá eso contribuyó a que no se perdiera en su erudición, que no era poca. Se contaba que colaborando con D. Álvaro D’Ors en la organización de la Biblioteca de Humanidades, ante algún problema comentó no sin cierto humor: “¿Y para qué queremos tantos libros? Yo ya me los he leído todos”.

Como a otros pensadores del siglo XX le preocupaba el formalismo en el que había derivado la Filosofía desde la tardía Escolástica. Lo cierto es que consiguió ir a la raíz del problema cuando en la década de los 60, algunos neotomistas re-descubren la

piedra clave del pensamiento de Tomás de Aquino, la distinción esse-essentia, intuye un método de Acceso al SER. ¡Cuántas veces repitió que “una vaca pensada no da leche”, o que “el yo pensado no piensa”!, rebatiendo idealismos y enseñando la importancia de abandonar el límite mental para llegar a la REALIDAD, al ámbito propio del SER.

Cuando acabé los estudios seguían corriendo de boca en boca sus enseñanzas: ¿sabes lo que ha dicho D. Leonardo en un Curso de Doctorado sobre el orden Predicamental y en otro sobre el Orden Transcendental? Ha dicho que el Cosmos tiene un solo Acto de Ser y que el de cada hombre es superior al del Cosmos, porque es libre. Aquellas breves afirmaciones iban abriendo grandes horizontes. Estaba acometiendo la tarea de ampliar la ontología desarrollada por la Metafísica clásica, para poder pensar al ser Humano, que es distinto, de otro nivel decía, que el Cosmos, donde la Unidad es monolítica y el ser jerarquizado, y no da cabida a una pluralidad de iguales, aunque sean irrepetibles. Y fue desarrollando una Antropología enraizada en el SER Personal, que por eso denominó Antropología Transcendental, aportación que a medida que sea conocida –vio la luz en 1999-, facilitará el diálogo con la Filosofía Moderna, que planteó cuestiones neurálgicas como la radicalidad de la libertad, pero no logró resolver, y desarrolladas de un modo dislocado permean hoy las capas sociales generando complejidad y multitud de disfunciones.

Durante años, asistí anualmente a unas Jornadas de Filosofía en las que, aunque D. Leonardo no fuera ponente, estaba allí escuchando y por las tardes intervenía en debate con otros profesores. Me acompañaban estudiantes de Filosofía de otras Universidades y después de comer invitábamos a D. Leonardo al “Faustino” para que preguntarle dudas. Él nunca escatimaba el tiempo. Para que no le faltara la voz le ofrecían caramelos y decía: “De uno en uno, como los actos del conocimiento”. Al acabar comentaban: en mi Facultad nadie enseña estas cosas.

En una de estos encuentros pude agradecerle lo bien que lo había pasado cuando entendía o al menos vislumbraba cosas al escucharle. Me contestó: “señorita, es que conocer es una Fiesta”. Se me ocurrió comentarle que había tenido una gran desgracia en mis estudios: no haber podido asistir casi a sus clases. Y comentó: “¿Ud. cree que eso es una desgracia?” Lo cierto es que el futuro colmó en parte esa laguna pues tuve ocasión de participar con él en diversos proyectos de investigación en los que hubo tiempo para preguntar, para oírle discrepar con Tomás de Aquino al que profesaba gran respeto: “interpretar el entendimiento agente como una potencia es muy forzado”, decir que “el alma separada no es persona resulta muy fuerte”, “la relación no siempre es un accidente, en antropología hay relaciones constitutivas”.

Hubo tiempo también para exponerle tesis con las que de entrada discrepaba, aunque su talento era siempre abierto: “lo cierto es que sobre eso no he pensado”, y verle cambiar de opinión: “si es eso lo que Ud. quiere decir, todas las pegadas que he puesto hasta ahora ceden”. Al pedirle ayuda decía: “a mí ya no me da tiempo: tengo suficiente con acabar lo que he empezado”. Recibí de él un reconocimiento inmerecido, cuando en 1999 le pedí que me dedicara su Antropología y puso: “Para ..., filósofa y amiga”.

Sus alumnos también fuimos testigos de un mudo sufrimiento, el de la incompreensión. En las clases, oralmente comunicaba bien, pero quizá porque al escribir era oscuro, la mayor parte de sus colegas no le entendían y siempre fue respetuoso con críticas que recibió, fuertes algunas, que le llevaron a guardar bajo llave sus principales escritos. Una vez en la que una alumna intentaba olisquear entre sus inéditos D. Leonardo la detuvo: “Alto señorita: esos papeles contienen dinamita”. Ese no lograr hacerse entender le hizo mella, aunque intentaba sobrevolarlo diciendo: “A mí no me importa que no me entiendan”, o “yo no quiero tener discípulos”, o “todo éxito en esta vida es prematuro”.

Con respecto a las relaciones entre Razón y Fe tenía claro que los mayores logros de la Filosofía se habían conseguido en las épocas en el que la Fe era la inspiración de aquella. En sus enseñanzas se traslucían datos de Fe que, sin confundirse con la Filosofía, se notaba que eran los retos de su esfuerzo intelectual. A algunos les parecía que esa actitud le convertía en un pensador ex-tempóreo, inadecuado para dialogar con

una filosofía secularizada. Alguno comentaba: “es que no se le puede sacar de casa”. Pero él no se dejó intimidar por esas apreciaciones y siguió su camino.

Puedo intuir su alegría cuando, tras acceder al Pontificado Juan Pablo II, conoció su pensamiento antropológico centrado en la Persona y en la Donación, ejes de su propio pensamiento. Si alguien tuvo alguna vez sospecha sobre el acierto de sus tesis, aquello disipaba cualquier duda y como él mismo confiesa: a partir de 1983 cesó la presión exterior y tuvo pista libre para divulgar su pensamiento.

Otra importante ayuda le llegó inesperadamente, esta vez de sus alumnos: cuando a M^a José Franquet se le ocurrió transcribir por la noche sus clases y entregárselas para que las corrigiera. Al comprobar el éxito del invento, otros empezaron a hacer lo mismo. Aquello fue su salvación. A partir de aquel momento ya no escribía, tachaba, sólo necesitaba precisar el lenguaje oral y para gozo de muchos empezaron a abundar libros de Polo que se entendían.

Justamente hace dos semanas asistí a un Seminario en el que se hablaba de una de sus últimas obras: “Filosofía y Economía”, Eunsa 2012. Oí a un joven empresario alicantino exponer las perspectivas que le había abierto ese libro y lo bien que le hubiera venido haber leído eso antes, pues hubiera podido evitar ciertos errores.

Está claro que los filósofos no son líderes en vida: unas veces porque su genialidad no está al alcance de sus contemporáneos, simplemente, porque necesitan toda una vida para terminar de elaborarlo y de hacerlo comprensible. Lo cierto es que en D. Leonardo hay un líder ya reconocido, como lo manifiesta que existan más de 200 obras analizando su pensamiento. Y ya, cuando ha pasado a la otra vida, su éxito será maduro, sin efectos colaterales. Estamos al principio, como si dijéramos, al comienzo de la divulgación de un pensamiento no sólo lúcido en la teoría sino también con importantes aplicaciones prácticas, porque como se ha dicho: “No hay nada más práctico que una buena teoría”.

Genara Castillo (El Tiempo, Perú, 13-II-2013): *Don Leonardo Polo, maestro.*

Como la persona de don Leonardo Polo Barrena y su obra son de profunda riqueza me limitaré a ofrecer tres rasgos o pinceladas de su vida y su filosofía, que pueden ser muy significativos. Lo conocí hace 30 años, cuando en 1983 estaba elaborando mi tesis de grado en el Programa Académico de Artes Liberales-Filosofía, en la Universidad de Piura. Lo que inicialmente me llamó la atención fue su confianza y los ánimos que daba para emprender la investigación en Filosofía. Cuando le llevé la tesis para que la revisara le acerqué la papelera, porque imaginaba que con su nivel filosófico aquello le parecería demasiado incipiente, por decir lo menos; sin embargo, sus palabras fueron muy cordiales y me animaron mucho. Ese rasgo optimista es algo que cualquier observador atento podía descubrir en él, no se incomodaba con nada, y eso que llegó en pleno “fenómeno de El Niño” sufriendo todas sus consecuencias. Ese mismo año ofreció un seminario sobre Aristóteles y la ciencia moderna, al que acudieron varios ingenieros; dio una explicación bastante aguda de la física clásica y moderna. Siempre he pensado que aquello constituía algo así como tender la mano a los profesores de una facultad muy desarrollada en la Universidad de Piura como era la de Ciencias de la Ingeniería (hoy Ingeniería). Don Leonardo era así, veía una situación -la que fuera- y le daba vueltas para ver cómo podía contribuir a su mejoramiento. Esto estaba -en la línea de su optimismo- profundamente incardinado en su filosofía según la cual la única alternativa de la vida humana es crecer. Posteriormente, desarrolló varios cursos y seminarios relacionados en su mayor parte con la Antropología Filosófica. A partir de entonces su interés iba en la línea de ofrecernos una profundización sobre la persona humana, su vida y la sociedad. Para presentarnos sus planteamientos acudía siempre a los clásicos, especialmente a Tomás de Aquino y a Aristóteles. Este sería otro rasgo de Don Leonardo, que no buscaba singularizarse apartándose de los demás; sino todo lo contrario, hacía todo lo posible para “bajar” y presentar su filosofía como una “continuación” de los filósofos clásicos y en “diálogo” con los modernos, a quienes

tomaba la palabra o de quienes trataba de rescatar lo rescatable. La razón de ese respeto también está enraizado en su filosofía: la consideración de la inmensa riqueza del ser personal. Por eso, trataba a todos con un respeto exquisito, tanto si era un alumno, un campesino o un rector. Fue gracias a un alumno de primer año que un día, en cafetería, nos enteramos de cómo surgió su vocación a la Filosofía, algunos pensarían que iba a considerar que un alumno -casi un niño- no merecería que le respondiera algo personal, pero él lo respetó y le respondió. Eso me lleva al siguiente rasgo, muy relacionado al anterior, y es que la razón más profunda de esa consideración y respeto a la persona humana es la convicción de que esta es creada por Dios con predilección. El tratar de no perder de vista que el ser personal está muy unido a Dios y es algo que lo hemos “visto” realizado en las situaciones más comunes como cuando lo veíamos rezar en el Oratorio de la Universidad, recogido, con una humildad conmovedora, como un niño. Esto estaba tan enraizado en él que huía de toda astucia, maquinación, figuración, simulación, etc., que solía decir que dañaban profundamente la inteligencia. En suma, su optimismo y afán de crecer, su respeto a las personas humanas y su engarce en las personas divinas son rasgos importantes de la vida de Don Leonardo; por ello, damos gracias por el inmerecido regalo de su vida y filosofía. Por su amistad y por su generoso magisterio, ¡infinitas gracias maestro!

Rafael Corazón (Aceprensa 22-II-2013; Noticias jóvenes 3-III-2013): *Leonardo Polo, un filósofo a la altura de nuestro tiempo.*

El pasado 9 de febrero falleció en Pamplona Leonardo Polo, catedrático de filosofía desde 1966. Ha sido maestro de numerosos discípulos, no solo en España sino en todo el mundo, aunque su labor docente la desarrolló sobre todo en la Universidad de Navarra y en América (México, Colombia, Perú y Chile, especialmente). Su pensamiento –difícil y profundo- está ahora difundándose en sectores a los que no llegó con su magisterio.

Polo ha sido un filósofo original a su pesar; no le interesaba la originalidad sino la verdad y, seguramente, le hubiera gustado ser recordado como un continuador de la tradición aristotélico-tomista; además supo reconducir el pensamiento moderno para que pudiera conectar también con la tradición, es decir, para que dejara de ser un continuo comenzar de cero y, en definitiva, para que no acabara en el relativismo y el escepticismo.

Como no examinaba a los filósofos modernos y contemporáneos con parámetros tomados de la tradición sino con los suyos propios, algunos lo tuvieron por hegeliano, otros por personalista y no pocos por seguidor de Heidegger. Pero él afirmó siempre que su inspiración era clásica –aunque esto le costó la incompreensión de los que deberían haber comprendido más fácilmente sus ideas–, corrigiéndola y desarrollándola.

Polo supo reconducir el pensamiento moderno para que pudiera conectar también con la tradición y para que no acabara en el relativismo y el escepticismo.

El abandono del límite mental

Siguiendo a Aristóteles, Polo pensaba que la filosofía se desarrolla “sobre todo resolviendo las dificultades que salen al paso” (las aporías de que hablara Aristóteles). Pues bien, Polo descubrió su “verdad” precisamente al resolver la grave aporía que tenía detenida a la filosofía a mediados del siglo XX (aunque el problema había surgido siglos antes y había supuesto la ruptura entre lo clásico y lo moderno). Brevemente puede resumirse así: la modernidad se centra en el tema del sujeto, de la conciencia y la autoconciencia, tema poco tratado en la filosofía anterior, intentando llegar a la autonomía plena; por su parte, en el pensamiento clásico, “el realismo substancialista no encuentra otro lugar ontológico para el acto de conocer que el estatuto de accidente”; pero de este modo no se consigue –o se logra a duras penas– captar lo específico del hombre: su apertura no accidental sino primordial a la trascendencia.

Pues bien, el gran hallazgo de Polo es lo que llamó “el abandono del límite mental”: advertir que el objeto pensado (ya sea una idea, un juicio, etc.) no es un accidente, y que su “positividad” se reduce a ser “límite del pensar”. ¿Qué quiere decir esto y qué consecuencias se siguen? Aquí está la gran aportación de Polo a la historia de la filosofía.

Parménides identificó ser y pensar; Platón consideró que las Ideas eran lo “realmente real” por ser inmutables, eternas, únicas, etc.; Aristóteles distinguió entre el ser como verdadero y el ser real. Pero el ser como verdadero –que solo existe en la mente– nos da a conocer la realidad solo en cuanto pensada, no en cuanto real, porque el objeto pensado es intencional, es decir, remite directamente a la realidad, y porque la estructura del juicio –sujeto, verbo, predicado– no es la de lo real. Conocemos de un modo parcial y además componiendo y dividiendo –afirmando y negando– cosas que en la realidad no están ni compuestas ni divididas.

En la antropología de Polo la persona humana se “alcanza” como co-existente, como intimidad abierta, al mundo, a las demás personas y Dios

Pretender que este problema se soluciona haciendo del objeto pensado un producto del pensamiento, o tratando de identificar sujeto y objeto, o intentando tender un “puente” entre pensamiento y realidad, como propone el pensamiento moderno, no solo no resuelve nada sino que impide encontrar una solución.

¿Qué descubrió Polo, qué advirtió para resolver la aporía, para encontrar la puerta de salida hacia la realidad? En breves palabras puede resumirse así: la irrealidad del objeto significa al mismo tiempo el límite del pensamiento, porque ni el pensar es el ser, ni el ser es el pensar. “Por eso se dice que la operación intelectual es un modo de conocer limitado o conmensurado con el objeto”. Conocer A es nada más que conocer A, haberla conocido. O sea, “la posesión de objeto comporta que la operación ha tenido éxito: ya se ha conocido; dicho éxito es justamente el límite”. Es cierto que podemos seguir investigando sobre A, pero para ello hemos de ejercer otra operación porque cada operación se limita por su objeto.

Nuevas vías al pensamiento

Detectar el límite mental abre nuevas vías al pensamiento, ya que “el carácter de límite de la objetualidad no puede ser detectado intencionalmente... Por consiguiente... es obvio que se ejerce un conocimiento superior al intencional”. La pregunta inmediata es la siguiente: ¿qué conocimiento superior es este que no consiste en una operación, que no requiere idea u objeto pensado?

La respuesta se encuentra también en el pensamiento clásico y medieval: los hábitos intelectuales, pero entendidos no según el modelo de los hábitos de la voluntad (virtudes y vicios), sino como actos de conocimientos superiores, que no conocen mediante objetos pensados o ideas sino que alcanzan directamente la realidad. Clásicamente se distinguían los siguientes hábitos intelectuales: el de sabiduría, el de los primeros principios, la *sindéresis* y el hábito de la ciencia (que en realidad es múltiple: tantos como ciencias). Con el conocimiento habitual no se objetiva sino que se “advierde” el ser extramental y se “alcanza” el ser personal, y ello porque la realidad es transobjetiva y el ser personal es transoperativo.

De este modo metafísica y antropología se distinguen a nivel trascendental: tan filosofía primera como la metafísica es la antropología (en el fondo este había sido el intento del pensamiento moderno, aunque, al plantearlo mal, había fracasado, dando lugar a antropologías que más que elevar al hombre sobre la naturaleza, lo aislaban, lo encerraban en sí mismo y abocaban al relativismo, el escepticismo, el inmoralismo y, en definitiva, el nihilismo).

En la antropología de Polo la persona humana se “alcanza” como co-existente; no como una substancia que se relaciona con otras, sino como intimidad abierta, al mundo, a las demás personas y Dios.

De este modo, los proyectos de la filosofía moderna respecto del hombre, tales como la autorrealización, la autonomía absoluta o la emancipación de toda tutela (autoimpuesta o no), caen por su base, ya que, además de ser de muy corto alcance, no conducen más que a la soledad, que es el mayor mal que puede sucederle a la persona.

Polo, pues, se inserta en la tradición, en la filosofía perenne. Pero, al mismo tiempo, lo hace gracias a un hallazgo completamente original

Juan José García Noblejas (Scriptor.org 9-II-2013): *Fallece Leonardo Polo, amigo y maestro.*

Recibo en México la dolorosa noticia del fallecimiento de Leonardo Polo, amigo y maestro.

Son muchas cosas las que debo a Leonardo Polo, como académico y como persona. Sólo recuerdo ahora mismo el deslumbramiento y la apertura de horizontes intelectuales que supuso ser alumno suyo, recién llegado a la Universidad de Navarra, a comienzos del curso 1964-65. Desde entonces ha pasado suficiente tiempo casi continuado de amistad para recordar aquel comienzo.

Porque fue un deslumbramiento y una apertura de horizontes que, siguiendo los pasos del viejo Platón, ha continuado hasta ahora en lecturas, conversaciones y seminarios universitarios; deslumbramiento y apertura que supongo continuará en el futuro con nuevas lecturas de inéditos.

Lo que son las cosas: hace dos días recordaba esto mismo con ocasión de un seminario de profesores en la Universidad Panamericana, y mencionaba aquello de la Carta VII de Platón a su amigo Dionisio, el tirano de Siracusa: «sólo cuando penosamente se ha frotado unas palabras con otras, nombres, definiciones, percepciones de la vista, impresiones de los sentidos, cuando se ha discutido en discusiones amables, en las que la envidia o el interés no dicta ni las preguntas ni las respuestas, sólo entonces alumbrá sobre el objeto estudiado la luz de la sabiduría y de la inteligencia, con toda la intensidad que pueden soportar las fuerzas humanas» (344 b-c).

En esta amistad de diálogos recuerdo ahora al maestro. Seguro de que la luz de la sabiduría y de la inteligencia ya no le deslumbrará de igual modo, ahora que estará gozando de un nuevo diálogo, mucho más allá de cualquier límite posible de pensar, en el Amor de Dios.

Descansa en paz.

Luz González Umeres (El Tiempo, Perú, 19-II-2013): *Leonardo Polo, filósofo y maestro.*

En la madrugada del sábado 9 de febrero falleció en su casa de Pamplona, en España, uno de los más penetrantes y agudos filósofos del siglo XX, Leonardo Polo Barrera. Nacido en Madrid el 1 de febrero de 1925, acababa de cumplir 87 años. Polo estudió la carrera de Derecho, disciplina tradicional en su familia y se graduó en ella. Sin embargo, descubre la filosofía y la estudia con pasión en Madrid, en la Universidad Complutense. Obtiene el grado de Doctor en Filosofía con una brillante tesis sobre la evidencia y la realidad en Descartes, que recibe las más altas calificaciones y es publicada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España. Se dedica a la docencia universitaria y gana una cátedra en Granada. En los años 50 se traslada a la Universidad Navarra y forma parte de su primer claustro de profesores. En 1984 viaja por primera vez al Perú y un gran amigo suyo lo trae a Piura, es el célebre americanista don Vicente Rodríguez Casado. Conoce la Universidad de Piura, que acababa de salir de los estragos del Fenómeno de El Niño del verano de 1983, y se entusiasma con sus desafíos y sus metas magnánimas. A partir de ese momento empezó a viajar a Piura en los veranos europeos para ofrecer su colaboración en el área de filosofía y humanidades en general. Hemos tenido la suerte y el privilegio de recibir la docencia y las

experiencias universitarias del profesor Polo a lo largo de tres lustros. La mayoría de profesores de diversas facultades le fue tratando durante todos esos años y fueron descubriendo el valor de la filosofía para la vida y para la formación intelectual. En conferencias para todo el Claustro de la Universidad, nos explicó con gran claridad lo que él llamaba el saber superior, por ejemplo, y nos hacía ver cómo un profesor universitario debe irlo logrando. Los profesores de filosofía hemos sido afortunados de escucharle dictar seminarios de Filosofía y cursos doctorales durante largos años. De esos oyentes han salido varios doctores en Filosofía, y todos hemos ido de una manera u otra abriendo líneas de investigación personales bajo su generoso impulso y sabios consejos. Con esta ocasión quiero agradecerle el haber aceptado ser el Director de un proyecto de investigación titulado “La experiencia del tiempo humano: De Bergson a Polo” que realicé en los años noventa, con el cual volví a insertarme en la investigación científica después de un lapso dedicado a labores de gobierno en la Universidad de Piura. Al celebrarse las Bodas de plata de la Universidad de Piura, en 1994, se realizó por primera vez la Ceremonia de grado de Doctores Honoris Causa, y Leonardo Polo fue uno de los cuatro doctorandos. Recibió con gran satisfacción ese merecido reconocimiento, junto al profesor Umberto Farri, al Dr. Ronald Woodman y al profesor Ben Basley. Leonardo Polo siguió viniendo algunos años más, hasta 1999 a Piura. Los médicos le dijeron entonces que los largos viajes intercontinentales no eran recomendables para él y, muy a su pesar, debió de renunciar a ellos. Sus discípulos en el mundo han ido multiplicándose. En la actualidad, en América Latina, los hay en México, Colombia, Chile y Perú. En Europa han fundado el Instituto de Estudios Filosóficos Leonardo Polo, y en Internet tiene un sitio en el cual están todas sus obras publicadas y se van incluyendo varias inéditas. En Piura el Archivo Leonardo Polo está siendo digitalizado y formará parte del Archivo que pronto se publicará en Internet sobre inéditos de Polo

Ramón Pi (intereconomía.com 12-II-2013): *Esencia y existencia. Trías y Polo fueron dos pensadores originales, de humildad intelectual.*

El sábado murió en Pamplona el filósofo Leonardo Polo, a los 87 años recién cumplidos. Un día después moría en Barcelona Eugenio Trías, también filósofo y discípulo durante un tiempo de Polo, de quien captó por primera vez la noción del límite del pensamiento humano, que le daría notoriedad entre los estudiosos de la filosofía; de hecho, no pocos comentaristas de su fallecimiento han jugado con el concepto de límite al recordar su trayectoria intelectual.

Si se me permite una simplificación casi esquelética que tenga cabida en estas pocas líneas, diré que el trabajo de todo filósofo reside en bucear en el ser de lo cognoscible, de lo susceptible de ser conocido por el homo cogitans. A partir de Descartes, la metafísica va dejando paso a la teoría del conocimiento: ya no se preguntan tanto los filósofos qué son las cosas como de qué modo llegamos a conocerlas. Hijos de su tiempo, Polo y Trías discurren (cada uno por su lado) por los caminos gnoseológicos, se interrogan por la capacidad del conocimiento humano para aprehender el ser, y recalcan en la pregunta por el existir; y ahí se enfrentan al Ser por antonomasia, que ha de ser el Ser-que-Existe, y del que Polo llega a afirmar que es impensable, dado que el pensamiento tiene límites. Trías, por su parte, reflexiona brillantemente sobre las manifestaciones del Ser, y profundiza en la Belleza –sus pensamientos sobre la música son notables, y no se le escapa una particular devoción por el buen cine– y, naturalmente, en la religión.

Trías, y antes que él, Polo, son dos pensadores originales; de más difícil comprensión el mayor, más asequible para los no especialistas el más joven, constituyen dos ejemplos de eso que resulta hoy tan escaso como es la humildad intelectual. Y mueren haciéndose las preguntas profundas, antiguas y tan razonables: después de morir, ¿ocurre algo? Y si es así, ¿de qué naturaleza es ese algo? Y, más precisamente, ¿tiene que ver ese algo con lo que ocurrió antes de la muerte?

Pavel Ramírez (El Mundo, 13-II-2013): *Leonardo Polo.*

A caballo entre el humanismo y el existencialismo –e influido por clásicos como Hegel y contemporáneos como Ortega–, Leonardo Polo desarrolló su pensamiento durante más de medio siglo hasta convertirse en uno de los filósofos más reconocidos en la actualidad. Su extensa obra se condensa en 44 libros, entre los que destacan *El acceso al ser*, *Hegel y el posthegelianismo* y *El conocimiento del universo físico*; así como en cátedras impartidas en la Universidad de Navarra –de 1954 a 1966–, en la de Granada –de 1966 al 68– y en algunas instituciones foráneas como la Panamericana de México, la de Piura en Perú y la de La Sabana en Bogotá, a las que acudía en períodos estivales.

Más allá de los innumerables estudios sobre el pensamiento de otros autores, la filosofía de Polo se centra en un primer principio metafísico: la existencia del límite mental humano –que radica en el pensamiento objetivador–, el cual puede traspasarse para afrontar los grandes temas filosóficos. Al hacerlo, el hombre accede al ser extramental y abandona su naturaleza lógica, la cual no es más que una expresión de su subjetividad. La realidad objetiva es, pues, inaccesible dentro de dicho límite y sólo cognoscible traspasándolo. Esta idea cimentará todo el desarrollo de su obra.

Nacido en el seno de una familia pudiente, recibió educación en el selecto Liceo Francés. Su padre, teniente de alcalde de la capital durante la II República, se vio obligado a trasladarse a Albacete cuando estalló la Guerra Civil y, a su conclusión, a exiliarse a Sudamérica. Sin embargo, Leonardo regresó a Madrid, donde continuaría el Bachillerato en el Instituto Cardenal Cisneros. A los 15 años se interesó por la Filosofía Fundamental de Balmes, de la que extrajo la importancia de los primeros principios en Filosofía. Paralelamente, e influido por la lectura de sus obras, Polo asistió a un curso impartido por Xavier Zubiri y a otro de Ortega sobre la figura de Arnold J. Toynbee.

Al terminar el Bachillerato en 1945, decidió estudiar Derecho presionado por su familia, que deseaba que se incorporase al bufete de su tío. Sin embargo, cuatro años más tarde, desechó el trabajo y comenzó el doctorado, tras el cual se dedicó a la investigación. En este período de reflexión se empapó del pensamiento de Leibniz, Spinoza, Kant, Hegel o Heidegger y se matriculó en Filosofía y Letras. Y, en 1950 concebiría el citado límite mental humano. Tenía 24 años.

Tras pasar un par de años en Roma con una beca para investigar sobre filosofía del Derecho –gracias a la cual entró en contacto con juristas de la talla de Del Vecchio y Capograssi–, comenzó a impartir Derecho Natural en la Universidad de Navarra. Paralelamente, continuó sus estudios de Filosofía en la Universidad Central de Madrid y, posteriormente, se graduaría en la de Barcelona. En 1961 se doctoró en la Ciudad Condal con una tesis sobre Descartes.

Leonardo Polo Barrena, filósofo, nació el 1 de febrero de 1926 en Madrid y falleció el 9 de febrero de 2013 en Pamplona

Elena Belletich Ruiz (udep.edu.pe, 11-II-2013): *Fallece Leonardo Polo, doctor honoris causa de la UDEP.*

Leonardo Polo Barrena, catalogado “uno de los filósofos más relevantes de nuestro tiempo”, falleció a los 87 años, el sábado 9 de febrero en España. Leonardo Polo Barrena, catalogado “uno de los filósofos más relevantes de nuestro tiempo”, catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad de Navarra (1954-1997); profesor visitante de la Universidad de Piura desde 1983, doctor Honoris Causa por esta Universidad (1994), ha fallecido a los 87 años, el sábado 9 de febrero en España.

Don Leonardo Polo fue profesor visitante de la UDEP desde 1983, en las facultades de Humanidades y Comunicación; formando generaciones de personas de las distintas profesiones.

En setiembre del 1994, la Universidad le concede el grado de Doctor Honoris Causa en mérito a sus estudios y trabajos, su compromiso con la ciencia y el saber y por su dedicación y esfuerzo profesional. Asimismo, distinguió su valioso aporte a la humanidad en los campos científico-tecnológicos, humanísticos y por sus contribuciones al fortalecimiento de la Universidad de Piura durante sus primeros 25 años. Durante la ceremonia, el rector de entonces Antonio Mabres afirmó que el doctor Polo es considerado para la Universidad de Piura un “trasmisor eminente del genuino espíritu universitario”.

En aquel año, durante su investidura, el Dr. Polo mencionó los motivos que los trajeron a la UDEP: “el deseo de contribuir a que la incorporación de doctores se lleve a cabo siguiendo también el modo ordinario de alcanzar el grado, es decir, instaurando en la Universidad el tercer ciclo de estudios. La línea netamente progresiva, ascendente...; contribución pequeña, sin duda, y esporádica, además, debido a la duración de mis estancias cada año, pero integrable en el estilo de esta universidad, fruto de una decisión audaz tenazmente mantenida...” Junto a ello, buscó también “formar discípulos, o sea, a constituir equipos de trabajo. De esta manera se contribuye al progreso del saber y, por consiguiente, a la elevación del nivel de la Universidad”. Ambos propósitos los cumplió con creces.

Sobre él y su pensamiento filosófico se han escrito más de 200 trabajos y, al menos, una treintena de tesis doctorales, como la de la doctora Genara Castillo, docente de la UDEP, “La unidad de la vida humana (Aristóteles y Leonardo Polo)”. El Dr. Polo ha dirigido varios estudios filosóficos de profesores de esta Universidad como el realizado por la doctora Luz González Umeres, quien al igual que la doctora Castillo, es socia fundadora del Instituto de Estudios Filosóficos “Leonardo Polo”, Málaga, España y miembro del Consejo Editor de la Revista “Studia Poliana” de la Universidad de Navarra.

Una de sus exalumnas, actual docente de esta Universidad, Genara Castillo, expresa: “Haber conocido a un Maestro que ha hecho vida su filosofía es un gran reto, nos ha dejado el listón muy alto; pero confío en la fecundidad de su filosofía, que está muy engarzada en lo natural y en lo sobrenatural. Es admirable la cantidad de discípulos que tiene en todo el mundo, he leído mensajes desde Notre Dame en Estados Unidos hasta Kenia en África”.

Sus aportes y su pensamiento (impregnado ya en el mundo) se amplió a distintas universidades iberoamericanas como la Panamericana de México, la de Piura en Perú y la de La Sabana en Bogotá, entre otras, con lo que cumpliría el deseo del Fundador del Opus Dei, San Josemaría, quien “concretamente en 1954, me dijo, pensando en las futuras universidades por crear en América: ‘tú, acabarás, yendo a ellas’, había comentado del Dr. Polo.

Su obra se condensa en 44 libros entre los que destacan algunos como Teoría del conocimiento, Evidencia y realidad en Descartes; El acceso al ser; Hegel y el posthegelianismo; Nietzsche como pensador de dualidades; Persona y Libertad; La libertad y sus ámbitos; El conocimiento del universo físico; los dos tomos de Antropología trascendental o Lecciones de ética, su última obra. También publicó 29 capítulos en libros y 58 artículos científicos.

En el 2011, publicó “La esencia del hombre” en el que recogió dos seminarios y dos cursos impartidos en la UDEP. El primero, impartido en el PAD, sobre La antropología griega, cristiana y moderna, recoge un Seminario de Antropología. El otro, La esencia humana dictado a los docentes de la Universidad de Piura en 1995. Incluye además otros dos textos, una conferencia y un curso doctoral que el maestro Polo ofreció en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra.

En clase con don Leonardo

Filósofo sobresaliente del siglo XX, la obra de Leonardo Polo se hacía palabra y gesto en sus clases, inolvidables para muchos de sus discípulos.

TEXTO *María Antonia Labrada* [Fía 79]
FOTOGRAFÍA *Manuel Castells* [Com 87]

Los que hemos tenido la suerte asistir a las clases o seminarios de Leonardo Polo añoramos -al leer sus libros- su modo tan genuino de filosofar. Aunque muchas de las publicaciones al respecto sean transcripciones de su enseñanza oral, el texto no puede reproducir los gestos, el énfasis, las repeticiones, los silencios, la tensión intelectual en definitiva, que se decantaba en el sentido de sus palabras.

Cuando el profesor Polo entraba en el aula colocaba sobre la mesa una gran cartera que jamás abría. Nadie supo nunca qué contenía. Después se sentaba, se encogía sobre sí mismo y empezaba un monólogo apenas audible. Sin embargo, nadie desconectaba. Se gestaba más bien un silencio respetuoso en el que intentábamos descubrir el contenido de su exposición. Poco a poco, a medida que se iba incorporando, miraba a las personas que tenía delante y sus palabras empezaban a oírse. Se iniciaba entonces una exposición *in crescendo*. Notábamos la energía del pensamiento, que jamás era pensamiento pensado, sino pensamiento en acto: la famosa *praxis teleia* que tantos aprendimos de su magisterio.

A esas alturas de su discurso la expectación en la clase era total. El tema desa-

rollado llegaba a su cumbre, donde se advertían conexiones con otros campos del saber: ciencia política, sociología, psicología, física, matemáticas o teología. Se abría ante nosotros un panorama inabarcable y todos participábamos del gozo de su descubrimiento.

En ese momento el maestro ubicaba a cada una de las ciencias o de los autores mencionados en su sitio; y lo hacía de un modo rotundo, casi desgarrado, con expresiones de lo más castizas: “eso cuénteselo usted a un guardia” (una frase que se empleaba hace años en Madrid para referirse a los “cuentos” que se contaban a los guardias como disculpa ante una infracción).

Entonces interpelaba directamente a los asistentes. Por ejemplo, al exponer la relación entre la acción moral y la perfección -que siempre puede crecer porque no tiene término- advertía con voz rotunda: “Señores, tengan ustedes esto siempre en cuenta, icualquier éxito es prematuro!”. No es que descendiera de la teoría a la práctica, sino que desde la cumbre de la teoría iluminaba las cuestiones más existenciales.

Sus interpelaciones no tenían un carácter moralizante. Eran verdaderos hallazgos especulativos que descubrían el sentido del actuar humano. En una ocasión, después de explicar su teoría sobre la intencionalidad del conocimiento, se descolgó con el siguiente comentario: “Mientras que desde el punto de vista físico o material lo inferior está al servicio de lo superior, en la jerarquía propia del espíritu lo superior está siempre al servicio de lo inferior y en ello radica su superioridad”. Al terminar se multiplicaban los diálogos y

EL LEGADO DEL MAESTRO

• **Del Derecho a la Filosofía.** Leonardo Polo Barrena, considerado uno de los filósofos españoles más relevantes del último siglo, falleció el pasado 9 de febrero a los 87 años. Nacido en Madrid en 1926, llegó a la Universidad de Navarra en 1954 para ocuparse de la docencia de Derecho Natural, disciplina que abandonó dos años después al incorporarse a la recién creada Facultad de Filosofía y Letras, donde desarrollaría su extensa carrera.

• **De Pamplona a Granada.** Entre 1966 y 1968 ocupó su cátedra de Filosofía en la Universidad de Granada. Asimismo, amplió su actividad docente en universidades extranjeras como la Panamericana de México, la Universidad de Piura (Perú) o la de La Sabana, en Bogotá (Colombia).

• **De la práctica a la teoría.** Su obra, condensada en 44 libros entre los que destacan “Teoría del conocimiento, evidencia y realidad en Descartes”, “El acceso al ser” o el último de ellos, “Lecciones de ética”, ha sido objeto de debate en varios congresos internacionales y dado lugar a una treintena de tesis doctorales y 200 trabajos de investigación.



—**Su obra.** La obra de Leonardo Polo es objeto de estudio en la revista de su antiguo departamento, *Studia Poliana*, y en la publicación del Instituto de Estudios Filosóficos Leonardo Polo, llamada *Miscelánea Poliana*.

las preguntas venían de todos lados, incluso de aquellos que sólo habían registrado la frase final y quedaban estupefactos. En ese momento el profesor Polo retomaba la exposición del tema y alcanzaba una nueva cumbre. Sus clases podían durar tres cuar-

tos de hora (rara vez), una hora o más... Imposible saber cuándo iban a terminar, y como eran al final de la mañana, nada las interrumpía. Aquello facilitaba que la clase se prolongase en charlas y discusiones, casi siempre en pequeños grupos. Y la transmisión oral continuaba fuera del aula. A las pocas horas de que finalizara la clase ya se comentaba su contenido en las distintas facultades del campus. Un “boca a boca” que ha trasladado sus enseñanzas hasta el día de hoy, cuando siguen presentes en las vidas de tantos. ■



— **2008.** El gobierno navarro le otorgó la Cruz de Carlos III el Noble por su contribución a la proyección y el prestigio de la Comunidad foral.



— **1958.** Durante una de sus clases, cuatro años después de su llegada a la Universidad de Navarra, donde sería el primer profesor de la recién estrenada Facultad de Filosofía y Letras, puesta en marcha en 1955.